

1921

Vol VII

Nº 33-34

## La Marcha del Mundo

### EL NUEVO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Mr. Harding ha inaugurado su gobierno con un gabinete que ha sido acogido con entusiasmo por la opinión pública americana. Fiel a las promesas hechas durante la campaña eleccionaria, el nuevo presidente ha buscado como consejeros a los hombres más representativos y a las figuras más altas de la política, y de las finanzas de los Estados Unidos.

En contraste con Wilson, cuyo pensamiento y voluntad se imponían a sus secretarios, Harding quiere hacer frente a los principales problemas de su administración sobre la base del consejo de los hombres más aptos y de la información más segura y más completa. Conviene que nuestros lectores conozcan someramente los principales problemas de la política americana y los rasgos de las figuras que en cada ramo van a plantearlos y resolverlos.

La más grande cuestión en la política americana es la relativa a su papel en el mundo, o sea la actitud de los Estados Unidos frente a la Liga de las Naciones. El nuevo gobierno, consecuente con su programa electoral, tiene que rechazar la Liga wilsoniana; pero al mismo tiempo no puede mantener el aislamiento de los Estados Unidos, no sólo por razones de alta moralidad y dignidad nacionales, sino por propia y bien entendida conveniencia. Y así la política de discreta intervención en los asuntos mundiales, sin compromisos embarazosos y sin alianzas, y de cooperación en la reconstrucción económica y política del mundo, dentro de cierta libertad de acción, se impone hoy al nuevo mandatario. Ha buscado para llevar a cabo esa política al eminente jurista Carlos E. Hughes, uno de los primeros abogados de Nueva York, exgobernador del estado del mismo nombre, antiguo juez supremo y candidato republicano en la campaña casi victoriosa del año 16. Hughes es más

que un internacionalista un jurisconsulto, pero nadie disputa su preparación general, su fuerza de trabajo y su honradez política. Tal vez la diplomacia de Hughes no tenga el brillo y la ductilidad de Root, pero seguramente será inspirada en los altos principios de justicia y será seguida con firmeza.

Respecto de los países hispano americanos parece que la orientación de Harding va a seguir acentuando la política de cordialidad y de estrecha solidaridad iniciada por Wilson. Las frases del presidente en su discurso inaugural nos lo revelan claramente. El mismo pensamiento palpita, con más intensidad todavía, en el discurso que acaba de pronunciar al inaugurarse la estatua de Bolívar en Nueva York. La más elocuente prueba —porque ella es de un orden práctico— de aquella orientación, es el voto refrendatorio que acaba de otorgar el Senado americano al tratado de reparación y de indemnización celebrado con Colombia durante la administración Wilson y detenido en el Senado por los amigos del presidente Roosevelt. La aprobación de este pacto ha producido seguramente un efecto magnífico en todos los pueblos de América y ha removido el obstáculo más grave en la solidaridad continental, después de la cuestión mejicana.

¿Cuál será la actitud del presidente Harding y del secretario Hughes en cuanto a nuestro problema?. El alto espíritu de equidad que parece animar al presidente, el profundo sentido jurídico del nuevo secretario de Estado son garantías ciertas de que ambos tienen que inclinarse al lado del Perú. Desgraciadamente la diplomacia moderna atiende no solo a los principios de justicia sino a razones de orden político y económico ; y es triste tener que decir que la revolución del 4 de Julio y los constantes y cada día más graves atropellos de este gobierno, han producido nuestro desprestigio político en el exterior y nos han puesto al margen de una crisis económica que puede concluir con el prestigio que nos queda. Siendo como es tan fuerte nuestra posición en el problema del Pacífico, para inclinar definitivamente a nuestro lado la voluntad y simpatía de todos los estadistas del mundo, nos habría bastado con mantener la constitucionalidad, el respeto a las instituciones tutelares, las garantías individuales y la concordia política. Pesa sobre los hombres del régimen actual el haber destruido, por interés, por inconciencia o por miedo, aquella base esencial del éxito en nuestra política exterior.

Intimamente relacionado con el problema de solidaridad internacional es el relativo a las relaciones comerciales entre Estados Unidos y Europa. La gran guerra ha transformado la situación de

los Estados Unidos respecto del comercio exterior. En vez de país deudor, los Estados Unidos son hoy el país acreedor por excelencia. Europa no puede pagar con más oro, porque ya ha llegado al límite la exportación de este metal, y si paga con mercaderías, puede producirse una honda crisis en las industrias americanas por la terrible consecuencia de la desocupación y súbita baja de los salarios. El conocido financista Vanderlip señala claramente el dilema económico que pesa hoy sobre la gran república; y considera que en los últimos veinte años la balanza comercial de los EE. UU. sufrirá un cambio radical, no por la disminución de las exportaciones, sino por el alza de las importaciones hasta hacer frente a aquellas.

Tal es el problema que tiene sobre sus hombros la popular figura de Hoover. Que el hombre está a la altura del puesto nadie puede dudarlo. En estas columnas tuvimos oportunidad de referirnos rápidamente a la brillante foja de servicios del presidente de la comisión de alimentos cuando se presentó su candidatura a la presidencia de la República. El nombre de Hoover significa además de capacidad y organización, una tendencia de cooperación económica favorable al viejo mundo. Así la política comercial de Hoover ha de corresponder a la diplomacia de solidaridad y de amistosa ayuda de Hughes.

Respecto de nosotros, las relaciones comerciales con los EE. UU. han sufrido las consecuencias de la baja de nuestros productos y hoy, por la emigración de capitales, tienen el obstáculo gravísimo de la baja del cambio. Agréguese a todo esto la competencia de las manufacturas europeas y podremos llegar a la conclusión de que no ha de poder mantenerse la cifra alta del porcentaje a favor del comercio americano de los años anteriores, a pesar de las medidas favorables al intercambio comercial con la América del Sur que adopta el nuevo gobierno americano.

Los otros miembros del nuevo gabinete, sin ser como Hoover y Hughes figuras de relieve mundial, son hombres que representan altos prestigios en su patria. Hays, el ministro de correos, ha dado pruebas, como director de la campaña electoral de Harding, de facultades extraordinarias de ejecución y organización. El ministro de hacienda Mellon es considerado como uno de los hombres más ricos y de más alta capacidad financiera en los Estados Unidos. Sobre el Secretario de Guerra Weeks pesa el problema creado con motivo de la discusión acerca de la reducción del ejército de tierra, y sobre el secretario de marina Demby, la realización del programa que cuenta con las simpatías del partido republicano y con las fuertes tendencias nacionalistas reinantes en la gran República, de cons-

truír la escuadra más poderosa del mundo, que pueda hacer frente al mismo tiempo a las marinas de Inglaterra y del Japón juntas en el caso improbable de una guerra. El ministro de Agricultura Wallace es un técnico en la materia, pues ha sido agricultor y editor de una de las principales revistas agrícolas. Roosevelt dijo de él que hablaba el lenguaje de los agricultores y conocía sus necesidades. Los Estados Unidos han producido el año pasado las más grandes cosechas de trigo, maíz y algodón que registra la historia. Para evitar las crisis en los precios, el nuevo secretario de agricultura tiene que buscar o mercados para la superproducción o encontrar el medio para la restricción del cultivo. El joven secretario de trabajo, Davis, verdadero tipo del *self made man* tiene que enfrentarse a la gravísima cuestión de la violenta baja de los salarios y de la desocupación obrera. Fuera de esto, es natural suponer que en los EE. UU. se sienta intensamente la agitación por conseguir las leyes protectoras del trabajo que son ya instituciones viejas en Europa y que sin embargo no existen en las legislaciones americanas.

Como es sabido el puesto de Fiscal de la Nación, el *attorney general*, forma parte del gabinete americano. Ha sido conferido este puesto al amigo personal de Mr. Harding y que fué el director de su campaña ante la Convención de Chicago., Mr. Daugherty.

Tales son en breve síntesis los principales problemas de la política americana y las altas personalidades que van a resolverlos.

Los EE. UU. fueron la fuerza decisiva para ganar la guerra. El mundo espera de la inteligencia de su hombres y de la riqueza inagotable de sus recursos que sean también la fuerza decisiva en la tarea más difícil y más lenta de la reconstrucción en la paz.

## EL CONFLICTO GERMANO ALIADO SOBRE LAS REPARACIONES

Nadie podrá negar a Alemania habilidad y constancia en su propósito de sustraerse o de aminorar el peso de las obligaciones impuestas por el tratado de Versalles. La táctica alemana ha consistido en dividir a los aliados y en aprovecharse de la oposición de intereses entre Francia e Inglaterra. Al paso que el interés de Inglaterra es simplemente el de activar su comercio con Alemania, el interés de Francia estriba en obtener de este país la justa reparación a los inmensos daños causados por la invasión de los ejércitos teutones. La medida única para constreñir a Alemania al cumpli-

miento de sus obligaciones es, en concepto de los nacionalistas franceses, la ocupación militar. Tal medida cuenta con la opinión pública en Francia. En Inglaterra el criterio es distinto. La ocupación militar es mirada, no sólo con antipatía por los elementos antimilitaristas, sino por los financistas que la estiman contraria al resurgimiento económico de Alemania y al avivamiento del intercambio comercial con el Reino Unido.

Mas apesar de esta oposición de finalidades y de criterios, el buen sentido francés y la ductilidad extraordinaria de Lloyd George han cruzado el plan alemán. Se pudo en la conferencia de Londres fijar de común acuerdo el monto de las reparaciones y establecer al mismo tiempo el rumbo dentro del cual debería obligarse Alemania a abrir la bolsa, según la frase de Briand. Como recordarán nuestros lectores, los aliados fijaron el monto de 56 mil millones de dollars por concepto de reparaciones y exigieron a Alemania al mismo tiempo el 12% del valor de sus exportaciones. A la negativa de Alemania ha seguido la ocupación de Dusseldorf que ha sido soportada serenamente por los habitantes de esa región sin producirse los desórdenes que se temían. Alemania ha respondido a las medidas de fuerza con su resistencia pasiva, en ciertos casos la más desesperante y eficaz de las resistencias.

La política alemana, frente a esta situación de fuerza, ha sido, muy inteligente y compleja. Al mismo tiempo que se hacían protestas ante el mundo del deseo de pagar reparaciones razonables, se alentaba en el interior el ideal de exonerar a Alemania de esta carga económica. De modo que por obra del gobierno alemán se destruía la disposición de su pueblo para hacer frente a las consecuencias de la guerra. Así en concepto de ciertos observadores imparciales la contrapropuesta alemana de pagar 12 mil millones de dollars por concepto de reparaciones ha sido considerada como insincera.

La resolución inquebrantable de los aliados sobre el monto de la reparación y los plazos en que debe ser abonada y la negativa, no menos absoluta e inquebrantable, de Alemania, presentaban el conflicto en forma al parecer insoluble.

Mas la inauguración del nuevo gobierno en los Estados Unidos dió oportunidad a que el problema tomara un sesgo prometedor de arreglo. Apesar de que los EE. UU. se hallan en estado de guerra desde el punto de vista legal con la nación alemana, el Canciller Simons solicitó en cierto modo el arbitraje de la gran república en el trascendental diferendo. Gran expectativa hubo en los círculos políticos de Europa acerca de la actitud que asumiría el nuevo gobierno americano. Se temió por algunos que el apartamiento de los Estados Unidos de la Liga de las Naciones, la rivalidad entre Ingla-

terra y los Estados Unidos iban a determinar una actitud de la gran república que entrañaría prácticamente una intervención favorable a la nación alemana. Se creía que si Alemania no había logrado dividir a Francia y a Inglaterra iba a conseguir al menos la división entre Europa y América. La contestación de Hughes, que parece tener todos los caracteres de un gran documento histórico, ha desvanecido esos temores. Los EE. UU. no asumen la actitud de intervención, ni de arbitraje, ni de simple mediación en el conflicto. Su participación en él, sin romper su solidaridad moral con los aliados, es simplemente de buenos oficios amistosos, de eficaz medio de conducto. La nota Hughes ha destruído las susceptibilidades francesas e inglesas, pero al mismo tiempo ha brindado a Alemania la ocasión de hacer una nueva propuesta, más razonable y más seria que las anteriores.

El cable nos trasmite que Alemania ha enviado ya a Washington la nota de contestación con esa nueva propuesta, sobre la cual sólo sabemos que el capital de la indemnización es de 40 mil millones de dollars, que el plazo queda reducido a 30 años y que Alemania ofrece proceder, empleando sus brazos y sus capitales, a la reconstrucción de la zona francesa invadida.

Nos trasmite también el cable que los técnicos americanos estiman exagerada la cifra de los aliados, habiendo Baruch, el mejor reputado de los economistas sobre la guerra, fijado la capacidad de pago de Alemania en la misma cifra de 15 mil millones como capital, suma que contando los intereses, sería algo mayor que la de la oferta alemana. La forma de pago sería mediante un empréstito internacional que ganaría el interés del 4 por ciento.

Es evidente que la nueva propuesta alemana está destinada a acentuar en los EE. UU. la opinión en sentido de obtener que los aliados reduzcan sus pretensiones llegando a un acuerdo definitivo. En el momento en que escribimos estas líneas, el secretario de Estado Hughes medita el rumbo que debe seguir y que tal vez traiga la solución definitiva del conflicto que la humanidad desea y que se impone por los mismos intereses de los países contendores.

## LA SITUACION DE RUSIA

La duración del régimen bolshevique en Rusia en medio del bloqueo comercial y de las más grandes penurias económicas frente al descontento de los campesinos, que se resisten a dar sus productos en cambio de rublos sin valor, constituye el gran enigma de la política mundial en estos instantes. Están todos de acuerdo en que las aventuras de Kolchak, Yudeñitch, Nikine y Ranjel que representaban una absurda reacción, han sido el principal factor que ha sostenido el régimen bolshevique, porque tuvieron la virtud de suscitar el sentimiento nacionalista ruso y de afirmar en los campesinos su adhesión al régimen que les había consentido tomar posesión de las tierras. La base de apoyo del régimen comunista ha sido, como ellos cínicamente lo han confesado, el ejército rojo y la ignorancia del campesino ruso. Los hombres del soviét, sin haber realizado los puntos de su programa, han cumplido sólo con esta parte de su misión: la de mantenerse en el poder a toda costa por medio de la fuerza y sembrando el terror. Todo hacía temer que Lenine y Trosky no mantuvieran desocupado, en esta primavera, el peligroso instrumento del ejército rojo y que para consolidar o afirmar el régimen preparaban nuevas ofensivas en el frente polaco o en el frente rumano, creando así una situación parecida a la de Julio y Agosto del año pasado. La revolución de Cronstad ha venido a disipar el temor de este peligro y empiezan a manifestarse los síntomas del descontento de los campesinos y del hambre en las ciudades, que son los más serios enemigos que cuenta hoy el régimen bolshevique. Es general la opinión en los países de Europa de que Rusia encontrará por sí misma la solución a sus problemas; los mismos emigrados rusos a cuya cabeza vuelve a aparecer el célebre Kerensky, se hacen el órgano de esta política y no predicán ya una nueva intervención y sí manifiestan la seguridad de que el régimen bolshevique caerá aplastado en las mismas ruinas que se ha empeñado en producir. Se demora sin embargo la realidad de esta halagadora predicción. Los bolsheviques han recuperado San Petesburgo y Cronstad y continúan en el poder. De lo único que se puede estar casi seguro es de que su política internacional agresiva ha llegado a su término. Están en el descenso de la pendiente. De la revolución rusa quedará algo bueno, y es la tierra en mano de los campesinos; esto es, el programa que los cadetes no pudieron resolver por sus indecisiones y que los bolsheviques tuvieron que aceptar, a pesar de ser contrario al absurdo credo marxista. La pequeña propiedad y el

desarrollo de las sociedades cooperativas resolverán el problema económico de Rusia. Todo hace pensar que normalizada la situación alemana, serán los industriales y los técnicos de este país los que dirijan y alienten, y aprovechen por consecuencia lógica, la reconstrucción económica de Rusia. Max Nordau piensa que en un futuro no remoto la solidaridad económica entre Alemania y Rusia traerá consigo una alianza política y se cernirá sobre Europa el pavoroso espectro de la rivalidad o el conflicto entre las potencias occidentales y las potencias orientales: Inglaterra, Francia e Italia, de un lado, Rusia y Alemania, de otro. Francia buscará entonces el apoyo de los pequeños países que rodean Rusia: Polonia, Checo-Slavia, Rumanía, que constituyen hoy la pequeña entente.

Las dificultades actuales del régimen bolshevique y su próxima caída debilitarán al partido comunista en toda Europa. Esperamos ansiosos el fracaso de la tercera internacional. Todo hace creer que el inteligentísimo y afortunado Lloyd George resuelva la nueva huelga del carbón en Inglaterra; Italia parece apartarse cada vez más de la propaganda bolshevique; en Francia se acentúa la reacción conservadora; en Bélgica los comunistas acaban de sufrir una gran derrota; en Estados Unidos predomina la opinión sostenedora de las instituciones y de la vuelta a la normalidad. Poco a poco la humanidad parece salvarse del peligro que entrañan las teorías radicales. Una inteligente política evolucionista que nos dé mayor equidad en el orden económico y que adapte a la democracia para resolver el problema social, salvará la civilización en el occidente.

## LA POLÍTICA EN LOS PAISES HISPANOS-AMERICANOS

Iniciamos esta sección de nuestra revista lamentando la escasez de noticias sobre nuestros países hermanos y el efectivo aislamiento internacional en que vivimos, a pesar de la decantada solidaridad y fraternidad continentales.

El nuevo gobierno de Méjico no ha sido aún reconocido por los Estados Unidos. La falta de este reconocimiento se liga estrechamente al problema del petróleo, cuyos yacimientos son propiedad nacional al tenor del art.º 27 de la nueva Constitución. La diplomacia norteamericana se empeña en obtener, en protección de los intereses de sus connacionales, la derogatoria de este artículo, o su interperetación en forma tal que salve los intereses adquiridos por parte de norteamericanos y que suman cantidades fabulosas. El gobierno de Obregón se encuentra en este terrible dilema: o acep-

ta la presión americana y se enfrenta ante la opinión pública de su país, o consecuente con ésta, arrostra todos los peligros de desagradar a los EE. UU. y, por lo mismo, los azares de las futuras revoluciones preparadas por los petroleros americanos. La presencia en el gabinete de Harding, nada menos que en la secretaría del interior del senador Fall, enemigo de Méjico y partidario franco de una política de intervención y de mano fuerte, es síntoma claro de que Méjico tiene sobre sí un problema gravísimo. Hacemos votos porque la nueva política de los EE. UU. se aparte de las solicitudes inescrupulosas de los capitalistas de Wall Street y haga posible una solución que, contemplando de un modo razonable los intereses americanos, salve al mismo tiempo el honor y los derechos del pueblo mejicano.

El conflicto entre Costa Rica y Panamá, producido por la rebelión de Panamá a la sentencia White y la rebelión de Costa Rica al laudo Louvet, ha determinado la guerra de hecho entre estas dos naciones, que ha sido paralizada por la acción enérgica de los Estados Unidos. La intervención americana—intervención en el sentido técnico de la palabra—ha venido a probar una vez más la verdad, aunque sea desagradable de que los EE. UU. ejercen una verdadera hegemonía en el mar Caribe. De todos modos la cesación de la guerra supone para esas repúblicas un bien de orden material. De desear hubiera sido que la intervención de los EE. UU. fuese acompañada de la de los representantes de los demás países hispano-americanos; esa cooperación hubiera salvado el principio de soberanía y habría dado a la solución del conflicto el simpático aspecto de un acto de solidaridad y de cultura continental.

Colombia sigue su desenvolvimiento normal dentro del régimen democrático que han contribuído a afirmar la obra de respeto a la libertad y a las instituciones y de conciliación política de sus últimos presidentes. Toca al actual gobierno aprovechar las ventajas de orden moral y de orden material que traerá consigo la aprobación del tratado con los EE. UU. Todo hace suponer al mismo tiempo que se abren hoy paso en la opinión colombiana corrientes de una inteligencia con el Perú. De Colombia no nos separan intereses esenciales. El problema de límites puede ser resuelto fácilmente, o por una transacción valerosa, o por un arbitraje de justificación insospechable. La obra de mentira y de engaño, de intrigas y de odios de la diplomacia chilena, ha escollado al fin ante la cultura y nobleza del pueblo de Colombia, uno de los más grandes de América por su tradición literaria y por el brillo de su historia.

Continúa en Venezuela la dictadura materialmente progresista de Gómez. A despecho de los pseudosociólogos que creen que la

autocracia caudillesca es una etapa fatal y saludable en la evolución política de América, creemos nosotros que semejante régimen, inferior por cierto a la dictadura científica de Porfirio Díaz, producirá los mismos efectos que ella en el pueblo de Venezuela, o sea la anarquía política y la crisis económica. América no necesita, ni ha necesitado nunca dictaduras, sino estadistas, que, con mayor o menor influencia, creen instituciones y sepan educar a los pueblos en el respeto de ellas.

Chile continúa sufriendo de las luchas entre el parlamento y el presidente de la república, luchas graves hoy a consecuencia de la enérgica personalidad del presidente Alessandri. No creemos sin embargo que estas luchas conduzcan a un conflicto como el de la época de Balmaceda. En los últimos años para desgracia nuestra han encontrado los chilenos la manera de consolidar sus instituciones internas. Aprovechando esta favorable circunstancia, de bida a factores económicos o territoriales y no a superioridad mental porque es sabido que Chile ocupa en este punto lugar inferior al del resto de los países de América, el gobierno de la Moneda sigue imperturbable su criminal política respecto del Perú, política que es el bochorno del continente y señala las páginas más oscuras de su historia. Continúa la sistemática persecución de los peruanos y el empeño contrario a todo principio de justicia, de retener los frutos del crimen del 79. En este empeño el presidente Alessandri ha querido dar la nota más alta procurando mediante una visita personal atraerse la colaboración argentina y uruguaya. Anotamos con satisfacción que el proyectado viaje ha sufrido un ruidoso fracaso. No se va a realizar la visita proyectada y ello se debe por cierto, no a la falta de voluntad del mandatario chileno, sino a la perspicacia y honrado sentimiento político de los pueblos argentino y uruguayo.

A pesar de sus terribles fracasos internacionales la neutralidad favorable a Alemania, el grotesco retiro de la Liga de las Naciones, las monstruosas declaraciones a favor de Chile en la cuestión del Pacífico, el carácter personalista de su política interior y la mediocridad y nulidad de sus colaboradores, el régimen de don Hipólito Yrigoyen se mantiene imperturbable. La gran patria de Sarmiento, de Mitre y de Avellaneda no tiene hoy al frente del gobierno los estadistas que sepan resolver sus serios problemas internos y dar a la Argentina el brillante papel que debe jugar por su historia y por su cultura en los destinos del continente. Si bien es cierto que la elección del señor Yrigoyen se debió a un movimiento popular, no lo es menos que no ha hecho un gobierno democrático y moderno, sino un gobierno personalista. Entre el caudillo brutal

y astuto a la vez y el estadista moderno, América ha producido un tipo intermediario, que no tiene los gestos de fuerza del antiguo caudillo, pero que tampoco posee la alta idealidad y la cultura cívica del moderno estadista. Este tipo medio, especie de pitecántropo político, personalista como el caudillo, astuto sin ser sabio, vivo sin ser prudente, aparece de vez en cuando en las repúblicas americanas. A él corresponde el presidente argentino. La solidez de las instituciones argentinas, su prodigioso vigor económico, su enorme virtualidad social han impedido que un régimen semejante produzca los males que en otro país de inferiores condiciones serían irremediables. La renovación presidencial que se avecina determinará la crisis del régimen. Abrigamos la esperanza de que la dura experiencia de los últimos años avivará el espíritu cívico en todas las fuerzas sociales e institucionales argentinas, y vendrá una solución que dé a aquel pueblo un gobierno que continúe la tradición democrática y de justicia internacional de sus últimos presidentes.

## LA SITUACION POLITICA EN EL PERU

No puede el sociólogo político que estudie los acontecimientos del Perú dejar de contemplarlos en todos sus aspectos, con entera imparcialidad y deducir de él las dolorosas enseñanzas que se derivan para el porvenir.

En las revistas políticas que iniciamos cuando comenzó el «Mercurio», decíamos, censurando la poca sinceridad y definido entusiasmo con que el gobierno de esa época propiciaba el proyecto de la Convención y criticando al mismo tiempo la anarquía de los partidos y la incoherencia producida por los egoismos y las prematuras ambiciones, que íbamos a llegar, y por desgracia nuestra, en un momento crítico de nuestra historia, a la solución de fuerza en el problema de la sucesión presidencial. El triste augurio se ha cumplido. La Convención fracasó por culpa de todos. Se creó entonces un movimiento caudillesco que no tuvo como base el enorme prestigio personal del jefe del pierolismo, sino simplemente la corriente de oposición y de descontento contra el gobierno de Pardo y la base de los odios e intereses de clases y las ambiciones desmedidas sobre las posiciones burocráticas. Todo este conjunto de factores determinó el triunfo eleccionario del actual presidente. Las indecisiones del anterior mandatario y la no disimulada inclinación de su reducido y nefasto grupo de consejeros dió pretexto para el golpe del 4

de Julio, que destruyó nuestra vida constitucional y hechó por tierra la situación internacional, que, de un lado, la guerra y, de otro, la propaganda de nuestros diplomáticos, nos había creado

\* A pesar del origen de este gobierno, la circunstancia de haber sido precedido de un movimiento de opinión innegable y la de hallarse reducidos a la impotencia sus enemigos políticos, hacían esperar que, consolidado en el poder, procurara volver el país a la normalidad y respetar, por lo menos, las garantías individuales que la nueva Constitución por él propuesta declaraba enfáticamente que no podían ser suspendidas. Por desgracia muy otro fué el rumbo que adoptó el gobierno desde los primeros momentos. Víctima de una obsesión enfermiza, de una especie de manía persecutoria ante el fantástico espectro revolucionario, el gobierno no tiene otro empeño que el de sostenerse, satisfaciendo de un lado los apetitos insaciables e innúmeros de los elementos que lo llevaron al poder y procurando de otro, inspirar el pánico en las filas de la oposición; y surgieron entonces como únicos métodos de gobierno la corrupción y el temor. La corrupción ha supuesto el derroche fiscal, la destrucción del presupuesto y la anunciada y tal vez inevitable bancarrota de la hacienda pública. La política del temor ha traído consigo el desgarramiento de la Constitución, el desacato a todas las instituciones y un acentuado malestar social. Las deportaciones primero, el incendio de las imprentas después, la ley de confiscaciones, las debelaciones de supuestos movimientos revolucionarios, las prisiones inmotivadas, el conflicto con el poder judicial, la violación de las inmunidades parlamentarias, los ataques a la libertad del pensamiento, la inejecución reiterada de los fallos judiciales; y, por último, el abaleamiento de la Universidad y la confiscación de «La Prensa» han formado el proceso trágico que nos ha conducido definitivamente a la dictadura sin embozo. Durante esta *via crucis* que ha pasado el país, la opinión pública, anhelosa sólo de paz y de tranquilidad, extraña a los intereses de la clase social que perdió el poder el 4 de Julio y de los pequeños grupos que lo han usufructuado después, despertó varias veces, condenando, por desgracia sin la tonicidad necesaria, los rumbos gubernativos. Tanto la oposición en el parlamento como la crítica periodística reflejaron esos estados de opinión sin llegar a cristalizarse en movimientos de definitiva eficacia. El país había sufrido un serio colapso de su energía nerviosa, estaba como desorientado y desorbitado. La corrupción y el temor ejercitados por el gobierno parecían tener más influencia que los estallidos espontáneos y generosos de la opinión pública; y después de cada conflicto volvía la conciencia social a

sumergirse en una especie de somnolencia o sopor a cuyo amparo el gobierno continuaba su política. Mas, a pesar de ese estado de tranquilidad y de pavorosa sumisión espiritual, el gobierno no se sentía seguro. No solamente lo inquietaban las palabras, sino las simples sospechas. La crítica de sus actos, la simple revelación antelada de sus proyectos eran para su sensibilidad enfermiza augurios de una hecátombe revolucionaria y dentro de este estado morbosó, acentuaba cada día sus medios de persecución. Por el delito de haber denunciado un anticonstitucional proyecto financiero, el de la conversión de nuestros depósitos en oro del exterior para beneficiarse con el cambio, se redujo a prisión al periodista que encarnaba en esos momentos la crítica al gobierno y la función indispensable en toda democracia de oposición y contralor. Tuvo la virtud la prisión de Luis Fernán Cisneros, por su prestigio personal y por el símbolo que entrañaba, de avivar otra vez la conciencia adormecida; vibró de nuevo la opinión pública y en forma pacífica, pero poderosa, consiguió la libertad del periodista. Aquel triunfo robusteció el espíritu público y correspondiendo a mandatos invisibles de la conciencia colectiva, aquel periodista quiso, generosamente, que la fuerza que le había dado la libertad ganara una batalla más: la del respeto a los fallos judiciales, respeto que entrañaba la efectividad de las garantías individuales y la conclusión o paralización del proceso dictatorial. No podían, sino incurriendo en criminal indiferencia política, en violación evidente de los más elementales deberes cívicos, desoír este llamamiento los hombres de pensamiento a quienes se dirigió. Acudieron todos con entusiasmo. Y se inició el despertar vigoroso del sentimiento nacional. Por obra de un milagro sicológico el Perú cobraba conciencia de sí mismo. Los mejores elementos del país, sin ambiciones personales y sin banderas políticas, se apercebían a luchar únicamente por la defensa de las instituciones esenciales de la democracia. El carácter esencialmente pacífico de este movimiento resalta de las palabras que pronunciaron los maestros al responder el llamamiento que se les había hecho. Los doctores Manzanilla y Villarán decían en su contestación que ellos confiaban en la eficacia de los medios pacíficos de opinión. Mas el gobierno no quiso comprender el verdadero significado y alcance de aquel movimiento nacional; y atribuyéndole interesadamente el mezquino carácter de prolegómeno revolucionario, decidió en acto de ceguera incalificable ahogarlo con sus conocidos métodos de fuerza. Vino entonces la intervención en la Federación de Estudiantes para impedir la conferencia del suscrito y cuando ésta se realizó en el agosto recinto de San Carlos, los agentes de la policía secreta pretendieron interrumpirla, profanando el local de

la Universidad Mayor de San Marcos. Fracasados en su propósito, al salir los asistentes a la conferencia fueron cobardemente abaleados por la policía pública y secreta. El gobierno dió un paso más: expropió «La Prensa», cometiendo un verdadero delito de lesa civilización y realizando un acto que ni los bolsheviques de Rusia se habían atrevido a practicar. Confió el gobierno que estas dos medidas sembraran el terror y produjeran nuevamente la depresión del espíritu colectivo, la somnolencia de la masa neutra y esta especie de muerte espiritual a que quiere condenar al país. Pero se ha equivocado el gobierno. En medio de nuestras tristezas políticas, de nuestra falta de educación cívica, de nuestro egoísmo y nuestra indiferencia criminales, la Universidad se ha erguido salvando el honor nacional y creando, con el duro sacrificio de los maestros y tal vez con el sacrificio también de los estudiantes, un gravísimo conflicto que será el augurio y la base de la futura reacción. Puede estar orgullosa la Universidad de San Marcos por su actitud de protesta encarnada en la trascendental medida del receso. El silencio de la tribuna y de la cátedra y el vacío en el claustro son una perenne acusación, una protesta inacallable.

Justo es que en estos momentos solemnes, con entera serenidad, cumplamos el deber de señalar en estas columnas a los hombres del gobierno la pavorosa responsabilidad que sobre ellos pesa. El centenario nacional, aún sin los últimos acontecimientos, iba a resultar una cruel ironía. Con la falsificación de «La Prensa», el receso de la Universidad y la prisión inmotivada o improbadá de tantas personas inocentes, constituye una insufrible vergüenza nacional. No nos ciega la pasión política al decir estas cosas. Bien sabe el gobierno que coinciden con este pensamiento nuestro todos los elementos neutros del país, los que representan simplemente las fuerzas económicas, extrañas a los conflictos políticos, y la masa popular, aunque aparezca indiferente y sumisa, y aún sus propios amigos que no están cegados por el odio y la venganza y que no obran bajo el impulso de concupiscencias o intereses inconfesables.

Representativos de aquellos elementos neutros y de ese grupo de amigos del poder se han acercado al gobierno para pedirle siga los mismos rumbos que la oposición le ha señalado. Todos le dicen hoy que el país necesita no un centenario negro o un centenario rojo, sino un centenario blanco y que la misma conveniencia egoísta de conservar el poder le indica un cambio de métodos y un cambio de rumbos. Mas todo parece inútil. El gobierno continúa obsesionado en su política de violencia, quiere que reine la paz de Varsovia, invoca el orden pero no el verdadero, el que nace de la armonía de las

libertades y del respeto de las instituciones, sino el aparente de la sumisión por el miedo, del doblegamiento ante la amenaza y de la complacencia ante la dádiva.

Va a cumplirse el augurio de Piérola: el Perú no va a celebrar su centenario, porque no es celebrarlo llegar a él en plena dictadura, y con la bancarrota de las instituciones nacionales.

VICTOR ANDRES BELAUNDE.